
CAPITULO CXIII.

CONCLUSION.

Terminamos hoy los trabajos sobre la Historia del Movimiento Republicano en Europa, ó mejor dicho, los suspendemos pidiendo á Dios que nos conceda vida y espacio para llevarlos á buen término. La franqueza que siempre usamos con nuestros lectores, obliganos á confesar el defecto capitalísimo de esta obra: falta de método y de riguroso enlace entre sus diversas partes. Pero una excusa fundada atenuará esta culpa manifiesta: su publicacion prévia en una Revista extranjera, en la REVISTA HARPER de Nueva-York; y sabido es que los artículos de una Revista por circunstancias complejas, no pueden tener el encadenamiento que los capítulos de un libro. Mayor calma que la gozada durante los tempestuosos tiempos de esta publicacion; más espacio nos consentirian acabarla por completo y rehacer los volúmenes ya publicados distribuyéndolos en verdadera série. Pero así como satisfacemos nuestra falta debemos decir, sin que ceda en elogio nuestro, refiriéndonos á la parte moral de este libro, cuan fundados son todos sus juicios sobre hechos,

personas, instituciones y cuan corroborados están por nuestras diarias experiencias.

La idea republicana es una idea verdaderamente originaria de Europa. Las repúblicas de las regiones del Asia fueron más bien que gobiernos democráticos tribus adscritas á la teocracia, y regidas por sacerdotes y profetas. En el pueblo hebreo, donde el republicanismo tuvo fases más claras y caracteres más distintos, redujose toda su existencia á un combate encarnizado entre el poder de los militares representados por los reyes, y el poder de los profetas representados por los jueces. Mas á pesar de las elocuentísimas invectivas de Samuel, desplómose el pueblo en la monarquía, y con toda su originalidad, siguió en esto ejemplos del Oriente panteista, teócrata gerárquico, dado á la organizacion por castas, y de consiguiente, como no podia ménos, monárquico.

Para que la República naciera se necesitaba un superior progreso en el espíritu humano. Pueblos encorvados bajo la pesadumbre del terror religioso, jamás se elevan á la

igualdad política. En su abyección y en su ignorancia, creen que el destinado á dirigirlos desciende directamente del cielo, y funda aparte de ellos una casta privilegiada, una casta de dioses. En regiones armoniosas como un cántico; allí donde el mar se duerme entre puertos y ensenadas que parecen sus naturales ánforas; entre el coro de islas que unen como un collar de perlas el Asia con Europa, el espíritu humano se reconcilió con la naturaleza, y se posesionó de la sociedad. Las democracias surgieron de esta transformación como enjambres de abejas que venían á fabricar la nueva miel de la vida. En aquella hora solemne de la Historia, no solamente vencieron las nacientes repúblicas á los viejos imperios, sino que formaron aquellas legiones de héroes, de poetas, de filósofos, á cuyas ideas y á cuyas obras debe la iniciación el mundo en los misterios del arte y de la ciencia. A la República se unen las grandes tragedias que han fundado el teatro; á la República los escultores que han reproducido en piedra con todas sus perfecciones la hermosura humana; á la República las teorías filosóficas que todos los siglos comentan y que todos los hombres admiran; á la República esa elocuencia antigua cuyos ecos debilitados por el tiempo, todavía inflaman nuestros corazones en santo patriotismo.

Pero á la República griega sucedió la República romana. Indudablemente la Ciudad Eterna jamás hubiera civilizado el mundo si no contara con esta forma de gobierno que engendró á sus tribunos, inspiró á sus pretores, y aleccionó á sus grandes ciudadanos. Aristocrática egoísta de privilegio, de casta, se ha llamado aquella República; y los escritores más liberales han caído en el error de preferirle el imperio porque el imperio igualaba á los hombres, aunque los igualara bajo el raso de la servidumbre. Pero la verdad es que la energía de carácter, la grandeza de concepción, la idea de derecho, el sentido jurídico, el amor patrio, el génio asimilador, to-

dos los grandes caracteres de la antigua Roma se deben á la virtud de su República. Tened, si no, los ojos por el imperio, tendedlos por aquellas cordilleras de tronos donde se asientan tantos imbéciles y tantos malvados, y decidme si encontrais un Fabio, un Coriolano, un Escipion, uno de los repúblicos que honran las instituciones y las leyes de la libertad. El género humano admira más á César que á Bruto; pero honra más á Bruto que á César. Y lo honra más porque, sin tener el republicano la vasta alma del dictador, ni su genio, lleva en sí algo más grande, lleva el genio y el alma de la República Romana. A muchas causas se atribuye la caída de esta institución en Roma en diversas de las causas á que debemos atribuir la caída de la República en Grecia. La desmoralización de las costumbres, los excesos de la demagogia, las extremas pretensiones socialistas, el egoísmo de los caballeros, el orgullo de los patricios, la anormal influencia de tantas provincias conquistadas, las guerras civiles tan odiosas, las dictaduras tan largas, los generales omnipotentes, los pretorianos soberbios, el clamoreo de las legiones, el funestísimo genio de César mataron una institución que había sido lustre y honra de Roma y del mundo. Todavía hoy lloramos aquella funesta noche de Filipos en que las estrellas brillaban radiantes por los cielos de Grecia mientras la libertad se desvanecía como una sombra en el seno de la tierra. Una serie de dictadores perpétuos, levantados sobre el cansancio y la indiferencia, traídos unos por las legiones, otros por los eunucos, todos por la usurpación y por la arbitrariedad, oriundos de diversos pueblos acabaron por completo con la República, le sustituyeron sus personales caprichos, y despues que vino el triste olvido de la libertad, vino también universal corrupción, con ella el cauterio de la barbarie, el hierro candente de la conquista. Roma contempló violado el Pomerium que fuera asilo de los dioses y de los hombres; rota la santa

majestad de su soberanía; asaltado el Capitolio y hollado el Foro; la via sacra que recorrieran en triunfo tantos vencedores romanos profanada por los antes vencidos bárbaros; en las llamas sus templos, en el Tiber sus penates, y los ciudadanos segados como heno por la espada de las tribus de Genserico ó aplastados por las herraduras de los corceles de Alarico. El imperio mató la República, y la muerte de la República fué también la muerte del antiguo mundo.

En esta catástrofe jamás la civilización hubiera renacido sin el advenimiento de las Comunidades; y las Comunidades encierran en sí el germen de la democracia y son verdaderas Repúblicas. Suprimid el régimen municipal en el mundo moderno y suprimid todas las libertades. Sin el municipio no se fundan las democracias; sin las democracias no se dilata y se espacia la vida. La conversión de la tierra feudal en tierra de propios no hubiera venido; la cadena del siervo no se hubiera roto; el derecho civil no se hubiera definido; las Cortes no hubieran agrandado la libertad y fortalecido á los débiles en el sentimiento de su dignidad y en los principios de justicia. Los cruzados ignoraban donde iban; pero no ignoraban cuando volvían donde estaba su derecho. El vacío sepulcro de Cristo apareció por segunda vez como la cuna misteriosa de la libertad. Aquellas emigraciones fueron á las democracias tan saludables como á las aves del cielo su misterioso paso de una en otra region. El caballero descendió de sus altísimos castillos á esos vastos desiertos donde con la idea de la unidad de Dios se hermana la idea de la igualdad del hombre. El siervo pudo medirse en tierra llana con el que le oprimía desde las cimas de las grandes eminencias y encontrarse de igual estatura y de iguales fuerzas. Al contacto del alma con este maravilloso espectáculo se fundaron esas colmenas de la libertad y del trabajo llamadas municipios donde el estado llano inauguró los tiempos de las modernas democracias

y esparció las semillas de las futuras repúblicas. Para convencerse de cuan saludables fueron á la civilización moderna estas transformaciones no hay como dirigirse á estudiar las ciudades italianas. Grecia resucitaba á sus conjuros. El arte renacía en su seno como un nuevo paraíso donde encuentra el alma su inocencia, la vida su ideal, la gloria y la hermosura esa inmortalidad que sólo puede dar y sólo puede poseer el génio. En cada una de aquellas repúblicas se dilataba una de nuestras facultades, y crecía el género humano como crecen las plantas al riego y al calor. Venecia transformaba la guerra en comercios y descubría á los ojos de la Edad Media arrasados de lágrimas y cubiertos de sombras el iris de lo infinito en sus áureos deslumbradores mosaicos; Pisa traía en sus naves la tierra de Jerusalem para enterrar á los pisanos como dioses y encontraba secretos de la dinámica y de la estática para elevar en sinfonías de piedras inmortales monumentos á las modernas democracias; Milan y Ravenna educaban á los bárbaros en el culto civilizador de la antigua civilización latina; abría Sicilia escuelas, donde el génio griego no se apagaba por completo y el génio árabe lucía sin rival; extendiendo, es verdad, las ciencias teológicas; pero también las ciencias naturales y físicas; Sienna se agitaba en una guerra continua, pero esta guerra se confundía con el trabajo y creaba legiones de artistas, que al expresar la belleza agrandaban el alma, y con ella la sociedad; descubría Génova el banco y la letra de cambio para dar universalidad á las relaciones del comercio y multiplicar los recursos del ahorro, y cuando parecía la más egoísta y la ménos fecunda de las ciudades, engendraba al profeta de los profetas, al adivino de un nuevo mundo, al creador de la joven tierra de América; y Florencia, la severa, la artística, nido del génio, escuela del arte, centro de la civilización moderna, restauradora de la antigüedad, nueva Atenas, producía en sus crisoles cincelados por Béné-

venuto el inmortal espíritu de la nueva Humanidad trasfigurada en las luminosas cimas del Renacimiento.

Como el mundo antiguo se lo debió todo á las repúblicas griegas, el mundo moderno se lo debió todo á las repúblicas italianas. Unid á esto las ciudades libres de Alemania, aquellas ciudades que debían dar de sí, á despecho del Imperio, la imprenta, ó sea el instrumento de los progresos intelectuales; la Reforma, ó sea la base de la moderna conciencia; la filosofía, ó sea la base de nuestra razón; y decidme luego si los gobiernos de estas democracias no son como los oasis de la Historia. Sobre todo, hay en el centro de Europa dos repúblicas, á cuya vida está ligada estrechamente la vida de nuestra civilización. Es la una la República de Holanda, y es la otra la República de Suiza. Esta nació en la Edad Media como una protesta contra el absolutismo del Imperio austriaco; y aquella nació en el Renacimiento como una protesta contra el absolutismo del Imperio español. No hay si no asomarse á los valles suizos para ver cuán felizmente se enlazan y se confunden allí la libertad con la democracia y la democracia con la autoridad. Todos los pueblos en el orden más completo y en el progreso más seguro; los hogares inviolables como las conciencias; libre la prensa y libre la tribuna; el sufragio universal engendrando todos los grados de la autoridad y el libre pensamiento venciendo todas las resistencias de la reacción; á cada recodo de los caminos, un milagro del trabajo, en cada calle algún instituto de moralidad y de instrucción; las más altas funciones políticas ejercidas por los más humildes con una prudencia y una medida que envidiarían los poderosos de las monarquías y los jefes de las aristocracias; volando todas las ideas en la conciencia y alejadas del mundo real todas las utopías; el resumen de las virtudes democráticas hecho carne y hueso en aquel pueblo donde el combate continuo con la

abrupta y agreste naturaleza se halla largamente compensado con la serena paz, con el profundo reposo de las almas. Suprimid esos cantones y con ellos suprimís también las tendencias democráticas dentro del movimiento protestante. La obra que había comenzado San Francisco de Asís y que no había podido concluir Gerónimo Savonarola, esa obra de dar al cristianismo en sus tendencias sociales, un carácter profundamente democrático, maduró en los dos ilustres fundadores del protestantismo suizo, en Calvino y Zuinglio, que no se contentaron ciertamente con renovar los sentimientos, sino que removieron hasta en sus entrañas las conciencias. Destruid esa República y queda esterilizado, quizá en su germen suprimido el pensamiento de estos dos reformadores. Y suprimido ese pensamiento, queda para siempre destruida aquella doctrina generadora del puritanismo que á su vez engendró la República en América. Y lo mismo puede asegurarse de esa Holanda, que hubo de combatir con uno de los mayores colosos, con Felipe II, para ganarse el cielo de la libertad intelectual, y con las ondas, con el Océano para ganarse la tierra de sus plantas y el teatro de su trabajo, fundando así en el mundo moderno la libertad de comercio, al abrigo de las instituciones republicanas. Su gloria fué tan grande que la libre Inglaterra, profundamente conmovida por sus revoluciones y sus restauraciones violentas, jamás hallara un puerto, si no lo busca y no lo encuentra por combinaciones que parecen originarias de la casualidad, y que dimanen de la Providencia en los magistrados de Holanda. Así puede sin exageración asegurarse que de las Repúblicas se ha desprendido, como de su natural crisol, todo el espíritu moderno y sus más fundamentales ideas.

El desarrollo excesivo que el feudalismo tuvo en la Edad Media provocó natural y lógicamente lo que podremos llamar el movimiento monárquico. Los municipios oponían

resistencia bastante al señor vecino, al castillo cercano; pero no podían vencer todo el conjunto de las fuerzas feudales, ni soterrar toda la legión de sus fuertes caballeros. Para este fin habían menester de la unidad de pensamiento y de la concentración de fuerzas que sólo podía encontrarse á la sazón en las instituciones monárquicas. El trabajo de esa necesaria fundación de las nacionalidades, empezado al desplomarse el Imperio romano, é interrumpido por la aparición del feudalismo, vuelve á reanudarse en los reyes, y á recomponerse en las monarquías. Por eso las cuatro ó cinco grandes naciones de Europa se ligan fuertemente entonces á la forma monárquica, y la única que por tener la monarquía del espíritu, no constituye la monarquía territorial, Italia pasa á ser presa y víctima de todas las demás. Y hasta en Italia misma, por la época del Renacimiento, á los obispos, á los cónsules, á los podestás, á los tribunales suceden los tiranos. Las ideas esenciales al espíritu existen lo mismo en las fases de los pueblos pequeños que en las fases de las grandes naciones. Los Austriacos fundan su imperio hereditario en Alemania y los Médicis en Florencia. La fuerte monarquía de los Tudores sucede á los desórdenes anárquicos de Inglaterra. Luis XI traza las bases del nuevo poder monárquico, amasándolas en sangre de nobles. Los brillantes y vanos príncipes de la casa de Valois siguen la construcción de la monarquía con varia fortuna. Pero Enrique IV de Borbon pone mano fuerte en tan grande obra; Richelieu la perfecciona; Mazarino la consolida; y Luis XIV la lleva á sus mayores grandezas, pero también á sus mayores extremos. Y algo análogo sucede entre nosotros. Alonso X había entrevisto el ideal de una monarquía; pero le faltaron fuerzas y tiempo para realizar esta idea, quizá excesivamente superior á su siglo. En las crueldades de Pedro I se advierten todos los instintos feroces con que suelen querer subyugar á las sociedades humanas, las re-

voluciones prematuras. Esta idea y este esfuerzo, si no se pierden, se debilitan durante la tristísima época de los Trastamaras. Pero en su sazón oportuna, cuando el estado de las ideas y de los ánimos lo exigen, allá en la época que podríamos llamar su verdadera estación social, brota la monarquía personificada en los Reyes Católicos. Y de esta suerte, por la fuerza de esos brazos de hierro que se llaman reyes, y por la unidad de su pensamiento, fúndanse las nacionalidades modernas.

Pero los reyes exagerarán sus principios y extremarán sus instituciones. Pretenderán en torpe desvarío que su conciencia sea la conciencia nacional, su idea el espíritu de todos, su persona fugaz el pueblo entero. La red de sus instituciones envolverá desde las altas cimas de la Iglesia hasta los hondos valles de los humildes municipios. En su locura querrán ser autócratas; á un tiempo, como pontífices y como alcaldes, reguladores de los cielos en su excelsitud, y reguladores de la policía urbana en su humildad. Ellos absorberán por todos sus poros la vida social; y ellos personificarán exclusivamente las naciones. Y habrán de tal manera perdido su autonomía los individuos, su carácter los pueblos, que cada época será como sea un sólo hombre. La Francia envejecerá con Luis XIV. La España tendrá el brillo de Carlos V y el cilicio de Felipe II. El espíritu humano padecerá de verdadera asfixia. Si estas instituciones duran mucho tiempo, se levantarán los desiertos á envolverlas en su sudario de arena como se levantaron á envolver los antiguos imperios asirios. Mas no reposa el espíritu humano. Los reyes han podido suprimir todo signo de actividad exterior; pero no han podido suprimir la conciencia, y por consiguiente, no han podido suprimir la base inmovible del derecho. Sentirás en los profundos abismos sociales una secreta aspiración de las clases subyugadas á ser algo en una sociedad que sin ellas no pu-